

No para de llover. No ha parado ni un solo instante desde que salí de Edimburgo; y eso fue el sábado y hoy es miércoles, no, jueves. Jueves por la tarde y estoy encaramado en un promontorio absolutamente resbaladizo, espiando con unos binoculares una granja de cría de Terriers plantada en un páramo desolador a milla y media escasa de Portree, la capital de la isla de Skye.

Puedo ver perfectamente el interior del cercado en el que retozan una docena de Cairn Terrier absolutamente indiferentes a la lluvia, y ninguno de ellos me parece el de la foto que llevo en el bolsillo. Quizá lo tengan encerrado.

O quizá tampoco esté aquí. Pero por si acaso yo espío el exterior de la granja mientras Violeta y Tristán la visitan con la excusa de comprar un cachorro y alguien pretende sacarlo a hurtadillas de su vista.

Vuelvo a contar los Terriers. Siguen siendo doce: siete canelos, dos pelirrojos y tres sal y pimienta. Todos con las caras oscuras. Parecen muy buenos ejemplares.

Veo llegar por el camino que lleva a la granja a Violeta, botas de agua azules, impermeable azul, que y enarbola su inmenso paraguas a topos blancos sobre fondo azul. La sigue Tristán, calzado con enormes botas, tocado con un sombrero verde de explorador y cubierto por su enorme chubasquero encerado de color terroso. Sorteando un último charco y llaman a la puerta.

Intento secar sin mucho éxito las lentes de mis prismáticos con un pañuelo empapado y vuelvo a enfocar. Tristán y Violeta ya han franqueado la puerta. Recorro con la vista el perímetro de la granja y sigo sin divisar un alma.

Paso así diez minutos hasta que siento como se me agarrota la clavícula que me rompí jugando a hockey. Decido cambiar de postura, que además se me está mojando una pernera del pantalón que me ha quedado mal protegida por el chubasquero. Es un chubasquero idéntico al de Tristán, pero de color verde oliva sucio; los compramos a la vez que los sombreros, el mío es de color arena, aprovechando la temporada de rebajas cuando nos reunimos en Perth.

Me incorporo y acto seguido pego el gran resbalón sobre la hierba espesa y empapada que cubre la cima del risco. Aterrizo sobre mi trasero y me deslizo pendiente abajo como si estuviera sentado sobre un trineo.

Y culmino el viaje en un charco de agua helada de dos palmos de profundidad.

Me faltan tacos mientras reinicio la ascensión hasta lo alto del promontorio. Recupero mi sombrero que había quedado vuelto del revés y que ya contenía dos buenos dedos de agua de lluvia. Entonces vuelvo a recobrar mi posición de espía, los binoculares en ristre.

Veo a Violeta y Tristán paseando entre los Terriers del cercado. Los acompaña una mujer joven ataviada con un vestido muy ligero y totalmente ajena a la lluvia y al fresco. Es agosto y los escoceses consideran que han de vestirse de verano, haga la temperatura que haga y llueva como llueva.

Los vuelvo a contar. Ahora hay trece. El nuevo es algo más voluminoso y lleva una especie de embudo de plástico alrededor del cuello, un adminículo calculado para impedir que se rasquen la cabeza. Es de color rojo oscuro, tiene una oreja vendada y se mueve como si tuviera agujetas.

Veo cómo se despiden. La mujer vuelve a entrar en la granja seguida del perro lesionado y Violeta y Tristán emprenden la vuelta por el sendero encharcado.

Abandono mi posición de vigía y desciendo, tres metros de pie y los otros diecisiete sobre mi trasero hasta el charco en el que me vuelvo a sumergir, esta vez de cara.

Resignado a mi fatal sino, recupero el sombrero y los binoculares. Ahora, y sin preocuparme por evitar los charcos que trufan el páramo, me dirijo a su encuentro.

Me observan de arriba abajo con incredulidad.